

CUADRO PRIMERO
LA VENGANZA DE UN PILOTO

1544

I

—¿Doscientos azotes?

—Ya lo dije.

—Pero...

—No me repliques.

—Permitidme, teniente Bejines, deciros que el piloto es hombre malo, peligroso, y que si no muere de los azotes...

—¡Qué ha de morir si es una fiera bravía!

—Por lo mismo, si queda vivo, no dudeis de que se vengará... Mejor sería mandarle ahorcar o dejarle libre y sin castigo.

—No puedo ni quiero matarle... Su falta ha sido gravísima, pero no tanto que me permita quitarle la vida... Encontré al miserable aporreando a una niña infeliz, porque esta había defendido una gargantilla de oro que él le quería arrancar... y como le reprendí fuertemente, me insultó y le mandé preso a la cárcel; de allí se huyó con tres reos más, y le encontraron asaltando una casa para robarla.

—¡Buena pieza!...

—Ya ves, no puedo mandarle ahorcar, ni el señor gobernador, que me ha dado sus poderes, lo aprobaría; pero deseo castigarle de una manera que no le permita olvidar su estada en Cartagena.

—Bien, teniente Bejines, sereis obedecido; pero mucho me temo que os pesará.

—No lo creo... aquel hombre es un miserable, y deseo que salga del puerto apenas haya purgado sus crímenes.

—Veré cómo le embarcamos en la primera nave que se presente.

—Yo mismo iré a presenciar el castigo; avisame cuando sea tiempo.

El piloto sufrió los doscientos azotes en silencio, y parecía que más le doliera la vergüenza de sufrirlos que el dolor de recibirlos. Arrojaba sobre el teniente Bejines, que era un gallardo mozo, muy favorito del gobernador Heredia, miradas tales de odio infernal, que este no pudo menos que recordar lo que le había dicho el subalterno, a quien había confiado el castigo del delincuente.

Pero cuando supo que el piloto había pasado por la ruda prueba sin mayor deterioro en su salud, y que se había embarcado con rumbo hacia España, muy mohino y cabizbajo, sintió gran descanso y en breve olvidó el incidente.

Don Pedro de Heredia había regresado de su expedición a Antioquia, muy maltrecho en fama y en hacienda, pues perdió en ella mucho de lo que había ganado en otras; pero los grandes preparativos que hacia

para volver a emprender nuevas correrías, pusieron en movimiento la ciudad de Cartagena, y Alonso Bejines se ocupó activamente en ayudarle a acopiar hombres, armas y dineros, así como toda suerte de bastimentos propios para el caso.

II

Aquel siglo fue el de toda especie de aventuras, unas criminales, otras santas: unos se precipitaban contra los seres indefensos para apoderarse de cuanto tenían; otros volaban a amparar y socorrer a los desgraciados y convertir a los recién conquistados idólatras; estos quitaban la vida a millares de hombres, y esotros ofrendaban su vida por conquistar almas para Dios.

En tanto que San Francisco Javier recorría las Indias Orientales y san Luis Beltrán las Indias Occidentales, con el objeto de proteger, amparar y dar vida del alma a millares de indígenas, una nube de piratas recorría los mares para robar y asesinar a cuantos encontraban desapercibidos.

Según don Justo Zaragoza (1) la palabra *pirata* viene del griego *pirates*, que significa *ladrón que anda robando por el mar, y es cruel y despiadado enemigo del género humano*.

Tenían los reyes de aquel tiempo tan poca idea de lo que hoy llamamos *honor*, que los soberanos de Inglaterra y Francia no hallaban inconveniente en permitir que en sus puertos preparasen los piratas navíos casi públicamente, con el objeto de ir a atacar las colonias de otras naciones con las cuales estaban en guerra. Es cierto que los reyes de Inglaterra y Francia aseguraban que ellos no protegían las piraterías de sus súbditos; pero en secreto dábanles licencia para que enarbolasen las banderas de sus naciones, y con ellas pasasen el mar y robasen los puertos de la América del sur.

Un tal Roberto Baal (sin duda de origen flamenco, pero súbdito francés), preparaba en el puerto de El Havre una expedición de aventuras para atacar a las colonias españolas. Los descalabros sufridos durante tantos años por los ejércitos franceses que combatían contra los españoles, habían puesto de muy mal humor a Francisco I; así, éste por entonces no ponía trabas ningunas a las expediciones ilícitas de los corsarios enemigos de España.

Roberto Baal llevaba en sus buques gran número de jóvenes a quienes había engañado, asegurándoles que su intención era fundar una colonia en la isla de San Cristóbal, y a los cuales daba una corta cantidad para que comprasen armas y municiones, a trueque de firmar obligaciones que les convertían en esclavos suyos durante largos años, sin comprenderlo, sino cuando ya no había remedio.

La flotilla se componía de varios barcos bien armados y tripulados por gran número de criminales escapados de todos los presidios de Europa, y de los más robustos e inocentes jóvenes que Baal había podido atrapar.

(1) Piraterías y agresiones de varios pueblos de Europa en la América española.

Iba ya a levar anclas el buque mayor, cuando se presentó delante del pirata un hombre que pidió que le enrolasen entre los soldados. Quise hablar aparte al jefe.

—No os pido nada, señor, dijo a Baal, y firmaré lo que mandéis... Me constituiré en vuestro esclavo, no por cierto número de años, sino por toda la vida, con solo una condición...

—¿Quién os ha dicho que yo llevo esclavos? preguntó Baal.

—Nadie... Yo sé y conozco a fondo las condiciones del pacto que hacéis con los que lleváis como colonos... y conociéndolo, me adhiero a ello... pero, como os he dicho, con sólo una condición...

—Y cuál es esa condición?

—Que asaltaréis a Cartagena de Indias...

Una luz diabólica brilló en los ojos del pirata.

—¿Por qué a Cartagena?

—Porque allí podréis hacer rico botín.

—¿Y qué más?...

—No más...

—¿Y qué motivo tenéis para eso? ¿No sois acaso español?

—Sí... pero quiero vengarme de un hombre... y de la población entera.

—Comprendo... Pero ¿conocéis la manera de entrar en ese puerto?

He sido por muchos años práctico y piloto en todos los puertos de tierra firme.

—Bien... ¿Cómo os llamáis?

Iñigo Ormaechea.

—¿Sois vascongado? (1).

—Sí... y por eso nada olvido jamás.

—Os tomo a mi costa... Si sois piloto, como decís, en breve lo veremos durante la navegación; y si nos lleváis ocultamente a Cartagena de Indias, vuestra parte de presa será igual a la de un oficial, es decir, igual a la de ocho soldados...

—Repito, capitán, que yo no pido sino una cosa: que me llevéis a Cartagena y me permitáis hacer la presa que se me antoje; no de dinero sino de otra cosa; lo demás no importa... Yo no vivo sino para vengarme; yo no existo sino con esa intención grabada con letras de fuego en el fondo de mi alma...

III

¿Qué era Cartagena en aquella época? Un pobre caserío rodeado de espesa montaña, sin murallas, sin fortalezas, sin puentes. *Boca Grande* estaba abierta a la entrada del mar, y los navíos más grandes penetra-

(1) Otros dicen que era de origen corso.

ban por allí, de manera que nada era más fácil ni más frecuente que el ver surgir de repente un barco a las puertas de Cartagena, sin previo aviso y sin saberse cómo.

Las islas adyacentes, y aquellas cubiertas hoy de edificios, estaban unas cuajadas de malezas y de fieras, y otras infestadas todavía por tribus de indígenas. La Popa y San Felipe estaban aún cubiertos de corpulentos árboles; los únicos edificios de cal y canto que había en la ciudad eran una parte de la catedral (empezada a edificar en 1538), el hospital y las casas del adelantado don Pedro de Heredia, las cuales abarcaban mucho terreno y tenían una puerta que miraba a la bahía y otra a la entonces calle principal.

Pero si la población era poco hermosa, la gente parecía muy alegre y divertida, y se aprovechaban de toda fiesta de iglesia para formar bailes en las casas, y juegos de toros y torneos en las plazas públicas.

La fiesta de Santiago Apóstol, patrón de España, el 25 de julio de 1544, iba a celebrarse en Cartagena con grandísimo boato. El gobernador De Heredia casaba a su hermana favorita con un capitán Mosquera, que prometía hacer lucida carrera en la colonia, y escogió el día del apóstol para que la ceremonia se llevase a cabo con la mayor solemnidad posible.

Habían de jugarse cañas en la plaza mayor; preparábase plaza de toros en la isla que se llamó después Getsemaní; la iglesia catedral estaba adornadísima para la fiesta religiosa; las damas habían preparado vistosos trajes, y los galanes no las iban en zaga con respecto a plumajes, terciopelos y bordados de oro; los cocineros más afamados tenían encargo de hacer ricos platos para las mesas de los vecinos más acomodados, y la tarde anterior habían matado multitud de aves, lechones apetitosos y otros animales que aderezaron durante la velada para trabajar menos al día siguiente.

En fin, todos se acostaron aquella noche rendidos de cansancio y soñando con lo que habían de lucir, de comer, de divertirse y lucrar en la preparada fiesta.

La noche estaba oscura, porque no había luna, pero en lo alto del cielo brillaban innumerables estrellas, y sobre la mar se arrastraba perezosamente una neblina que anunciaba calor para el día siguiente. La mar estaba tranquila; las olas batían las playas con acompasado murmullo, y los árboles de los contornos se mecían blandamente, impelidos por la brisa que soplabá de tierra hacia el mar.

Las luces se habían ido apagando una a una en todas las casas de la ciudad, y por último no se vio más luz que la que se filtraba por una ventana de la catedral, reflejo de la lámpara que ardía delante del sagrario.

—Oigo un ruido extraño del lado del mar, dijo uno de los vecinos, incorporándose en su hamaca y llamando a sus criados.

—Señor, le contestaron: es el viento que empieza a levantarse y anuncia quizás un temporal para mañana.

—Páreceme oír voces de mando, gritos ahogados y ruido de armas...

—El viento suele remedar todos los rumores de la tierra, contestóle uno de los soñolientos criados.

El hidalgo se envolvió en los pliegues de su hamaca y todo quedó en silencio.

Rato después el enfermo y tullido hermano del adelantado De Heredia, don Alonso, despertó sobresaltado.

—¡Hermano! le gritó, llamándole.

El gobernador, que reposaba en la vecina estancia, despertó.

—¿Qué sucede? preguntó.

—Escúcha, le contestó el otro: todos los perros del lugar ladran espantados; los gallos despiertan sobresaltados; algo sucede en la ciudad.

—Ya vendrá la aurora, repuso el adelantado.

Y, levantándose, se acercó al vecino balcón. Estaba oscurísimo, como suele suceder poco antes del amanecer.

En aquel momento sonaron en diferentes partes de la ciudad atambores, añafiles y clarines.

—¡Será en honor de la fiesta del apóstol! exclamó Alonso.

—¡No tal! dijo el gobernador: desconozco esos sonidos...

—Entonces ¿qué significa?...

—Que tenemos enemigos dentro de la ciudad, dijo don Pedro, vistiéndose apresuradamente y dando voces para llamar a sus criados.

Pocos momentos después la ciudad estaba en los mayores conflictos: los piratas franceses, capitaneados por Roberto Baal, habían penetrado por Boca Grande, aprovechándose de la oscuridad de la noche y del descuido de los habitantes, y, guiados por el traidor Iñigo Ormaechea, habían rodeado la ciudad y se apercebían para saquearla a su sabor.

Las escenas de horror, de espanto y de congoja fueron muchas; Cartagena no había sido antes atacada por piratas, y nadie se había preparado para semejante desgracia. Los ricos trataban de huir a los cercanos montes, llevándose sus tesoros, y los pobres procuraban escaparse para no caer en manos de los enemigos. Las mujeres gritaban, los niños lloraban, los hombres daban voces, los militares buscaban sus armas, los sacerdotes y los frailes pedían a Dios misericordia...

Cuando el sol surgió sobre el horizonte, debió de sorprenderse al encontrar la ciudad que había dejado tan tranquila la tarde antes, teatro de semejantes escenas.

El teniente Bejines estaba recién casado, y su mujer era tan bella cuanto virtuosa. El tal, apenas oyó la algazara, se levantó prontamente, y dejando a su mujer en el aposento, bajó a la puerta de la calle para preguntar lo que sucedía.

Abrió la puerta cautelosamente, y como vivía en una calle excusada, no oyó ruido ninguno en ella, y sin precauciones sacó el cuerpo afuera... No se oía nada, y la oscuridad no le permitía ver a dos pasos de distancia, cuando de repente oyó una voz estridente que decía:

—¡Muére, tirano!... ¡Que este pago te lo da el que afrentaste!

Y al mismo tiempo sintió que le hundían en la espalda, atravesándole de parte a parte, un largo y agudísimo puñal.

Cayó al suelo el desgraciado teniente, bañado en su sangre; quiso hablar, pero no pudo hacerlo; mas al levantar los ojos vio, iluminado por hachones que llevaban encendidos algunos de los piratas que pasaban en aquel momento, la cruel y vengativa mirada del piloto, a quien había mandado azotar un año antes.

Estremecióse el moribundo, recordando, sin duda, la profecía del sargento, y al tratar de incorporarse, quedó muerto...

Ahora, dijo el piloto, acabaré de vengarme; y entró precipitadamente en la casa del que había asesinado.

Momentos después salía de la casa llevándose a la hermosa mujer del desdichado teniente, a quien pretendía llevar a uno de los navíos corsarios; sin duda para que le dieran rescate por ella; pero en su precipitación se tropezó con el postrado cuerpo de su víctima, y, para no caer, tuvo que soltar su presa. Esto salvó a la viuda de Bejines, la cual logró huir y ocultarse de manera que el perverso no la pudo hallar, a pesar de las muchas pesquisas que hizo para dar con ella.

.....
Dos años después, día por día, el malvado Iñigo Ormaechea moría sacrificado por los indios caribes de una de las pequeñas Antillas, los cuales se habían apoderado de una carabela pirata que naufragó en sus costas, robada por el piloto a su patrón Roberto Baal.

CUADRO SEGUNDO

EL ALMIRANTE CORSARIO FRANCISCO DRAKE

1586

I

Ellos, los viles, de botín sedientos,
cual camada de lobos han osado
acercarse a tu umbral, cara matrona.

RAFAEL NUÑEZ

En 1586 Cartagena había adelantado notablemente. Aunque no estaba enteramente concluida su catedral —una de las más ricas de la América del sur en aquellos tiempos—, ella poseía grandes riquezas; desde 1559 había ya convento de Santo Domingo, y desde 1575 los padres franciscanos tenían el suyo. En ese mismo año el rey Felipe II había expedido a

Cartagena el título de *muy noble y muy leal*, y el año anterior le había concedido un escudo de armas (1). Naturalmente había ya muchos edificios construídos con elegancia y solidez, y familias ricas españolas se empezaban a establecer allí definitivamente, llevando consigo las comodidades y las costumbres cultas de la madre patria.

Alboreaba apenas el día 9 de febrero de 1586, cuando los habitantes de Cartagena vieron llegar a la bahía entrando por Boca Grande, —aún abierta a la navegación—, una pequeña carabela, la cual enarboló la bandera española para que la permitiesen entrar sin tropiezo.

Casi toda la población circulaba por las calles y plazas, y entraba en las iglesias y salía de ellas, llevando sobre la frente la ceniza, señal de la humildad, pues era miércoles de ceniza, y los devotos españoles no perdonaban ceremonia religiosa ninguna, y cumplían todos, sin excepción, con los piadosos deberes del fiel católico.

Un joven gallardo, aunque muy mal traído en sus vestidos, saltó a tierra y habló con el oficial que salió a recibirle para conducirlo hasta la casa del gobernador, con quien el recién llegado anunció que tenía que hablar de parte del gobernador de Santo Domingo. Al atravesar la ciudad halló que estaba preparada como para sufrir un asalto: todas las bocacalles tenían parapetos de tierra, y en algunas veíanse cañones que las defendían; pero no en todas, porque los cañones eran escasos y no alcanzaban. En algunas partes el oficial hizo notar al recién desembarcado que habían enterrado flechas envenenadas en el suelo, a usanza de los indios, y muchas casas tenían guarnición dentro de ellas.

—¿Por qué son estos preparativos? preguntó el joven: ¿acaso teniais ya noticia de que se acerca una expedición enemiga?

—Sí, contestó el otro: hace algunos días que el gobernador recibió una carta de su majestad el rey en la cual avisaba que había partido de Inglaterra el perverso pirata que tantos males ha causado ya en las Indias... Creo que se llama Francisco Drake.

—Sí, o el *Dragón*... ¡Cuánto celebro que sepáis ya esta noticia, lo cual me evitará dar una nueva tan desagradable!

Hablando de esta manera, el joven llegó a la casa del gobernador y fue introducido en la sala principal. Una joven que estaba asomada a uno de los balcones que daban a la calle, entró entonces y saludó al recién llegado.

—¿Buscábais a mi padre? preguntó con amable sonrisa.

—Vengo, contestó el otro, haciéndola una respetuosa salutación, en busca de su señoría el señor don Pedro Fernández de Bustos, de parte del gobernador de Santo Domingo.

—Su merced está aún en la catedral, asistiendo a la misa mayor, contestó la joven...

(1) Era en campo dorado con dos leones encarnados, sosteniendo ambos una cruz con corona en la parte superior, y adornada con sus banderas, festones. (*Geografía Histórica, Estadística, etc., de la Provincia de Cartagena*, por J. J. Nieto, 1839).

—Mi comisión es sumamente importante, repuso el otro, y si fuera posible mandarle avisar mi llegada...

—Se hará lo que pedís, señor; pero hacedme la merced de decirme el nombre del mensajero del gobernador de Santo Domingo.

Vuestro servidor, señora, Hernán Mejía Mirabal, ayuda de campo de la confianza del señor gobernador de Santo Domingo, el cual me envió aceleradamente para que avisase el peligro que corría Cartagena de un asalto.

—Aguárdeme vuesa merced un momento aquí, mientras voy a dar orden de que prevengan a mi padre de vuestra llegada.

Momentos después regresaba la niña a la sala y hacía señas a Hernán Mejía para que se sentase en un sillón de alto espaldar que estaba a un lado de la puerta que conducía al balcón, mientras ella tomaba otro que se hallaba al frente.

Doña Clara de Bustos era hija única del viudo gobernador de Cartagena, y por este motivo era dueña y señora de su casa. Criada al lado del noble anciano, que la idolatraba, se había acostumbrado a hacer en todo su voluntad, no obstante la rigidez de las costumbres de esos tiempos.

Un tanto morena, muy pálida por el calor del clima; sus grandes ojos negros llenos de fuego y expresión; sombreados por largas y crespas pestañas, formaban contraste con una abundantísima y larga cabellera color castaño claro, que le caía en dos anchas trenzas, a la morisca, y le bajaba casi hasta los pies sobre su traje claro. Un collar de oro la adornaba el cuello; brazaletes de perlas los blancos brazos; llevaba en su diminuta mano un abanico, hechura de los indios, formado de vistosísimas plumas, y su pie de andaluza estaba calzado con zapatitos bordados, de plumas también, fabricados con fique y hechos en el país.

—Perdone vuesa merced mi despedazado y sucio vestido, dijo el joven, notando la elegancia y lujo de la hija del gobernador; pero me vine de improviso de Santo Domingo, con lo que llevaba sobre el cuerpo, que es lo único que me dejaron los piratas.

—¡Ah! exclamó la joven dejando de abanicarse, y sin contestar a la primera parte del discurso del recién llegado; ¿es decir que ya llegó el inglés a Santo Domingo?

—Sí, señora; y desgraciadamente se ha robado cuanto poseíamos, después de haber incendiado los mejores edificios, derribado en parte las iglesias y saqueado nuestros haberes...

—¡Jesús, Jesús, Jesús! ¡Qué cosa tan horrible! Sin embargo, aunque aquí llegue no podrá entrar: ¿no os parece? Mi padre ha mandado defender el puerto y la ciudad, según dicen, con suma habilidad...

—Es verdad; pero aquel hombre es terrible!... La herejota de su reina Isabel le hizo caballero y barón, le dio veinticinco navíos de guerra, tripulados con dos mil trescientos hombres audaces, sanguinarios y enemigos de nuestra raza y de nuestra santa religión... No obstante su llegada a La Española cuando menos lo esperábamos, nos defendimos lo mejor posible; pero ¿qué hacer contra tanta gente fresca, bien armada y sin ley ni Dios? Asaltaron la ciudad a media noche, entráronla a fuego

y sangre, y quemaron todas las casas adonde penetraban, después de haberlas saqueado... Y al fin fue preciso rescatar la parte de la ciudad que no habían quemado aquellos malandrines, ofreciéndoles veinticinco mil ducados de oro.

—¿Y esta es la suerte que nos aguarda? exclamó Clara sobresaltada.

—Quizás no... aquí se han hecho preparativos para recibir a los piratas... hay más gente y se les aguarda; nosotros estábamos desapercibidos enteramente...

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué haremos, señor capitán? dijo la consternada niña, dejando caer el abanico para levantar las manos al cielo.

Mejía Mirabal levantó el abanico, y, al entregarlo a la hija del gobernador, dijo:

—¿Qué haremos? dice vuesamerced. El señor gobernador dispondrá lo que le parezca mejor, y yo y los veinte hombres que vinieron conmigo daremos toda nuestra sangre para defender a tan bellas y nobles damas como vos, hasta rendir la vida en la lid.

En aquel momento el maestresala del gobernador entró a avisar que su amo se acercaba ya, y efectivamente se presentó momentos después don Pedro Fernández de Bustos, seguido de algunos pajes de su servidumbre, pues los altos empleados de las Indias gastaban todo el boato de los grandes de España.

Miró sorprendido a su hija al encontrarla sola, conversando con el recién llegado, y preguntóla por la dueña que la cuidaba.

—Salió a misa... y como me quedase aquí, llegó el señor capitán con noticias tan terribles, que no he podido menos de oírle.

Díjole entonces éste lo que antes había relatado a Clara, y añadió que la expedición del pirata podría llegar frente a Cartagena de un momento a otro, pues él había salido la noche antes de aquella en que Drake había anunciado que se pondría en marcha para aquel puerto a saquearlo sin misericordia.

—Pero señor capitán, preguntó Clara, ¿quién es ese hombre tan fiero, y por qué se ha propuesto su reina maltratar a estas Indias con tanta crueldad?

—Es cierto, capitán, añadió el gobernador: mucho he oído hablar de ese *Drake* o *Dragón* inglés, pero no sé quien sea.

—Según oí decir en Santo Domingo a un mal flamenco que le había acompañado en muchas de sus aventuras, el Francisco Drake, que hoy cuenta unos cuarenta y cinco años, nació en un poblachón inglés (1), de padre protestante, enemigo declarado de nuestra santa religión, el cual enseñó a su hijo sus malísimas ideas. Como el *protestantazo* aquél era muy pobre, mandó a su hijo, desde muy niño, como grumete a un buque mercante holandés. Entre tanto la santa reina María Tudor, esposa de nuestro muy querido rey Felipe II, castigó duramente al hereje del padre del pirata, y éste juró hacer la guerra a los católicos para vengarle.

(1) Tavistock, en el condado de Devonshire.

—¡Mala raza! exclamó el gobernador; ¡estirpe de malandrines!... Veamos cómo ha cumplido su juramento.

—A medida que el actual pirata iba creciendo, creció también su ambición, y, muy joven todavía, se vio dueño de un buque mercante, en el cual transportaba negros que vendía como esclavos en los puertos de las Indias; y como dueño de un navío que llamaba el *Dragón*, tomó parte en aquella expedición que hizo un tal Hawkins a las costas de México, y que fue desbaratada por la marina española.

—¡Bien me lo acuerdo! dijo don Pedro Fernández. Aquella señalada victoria de nuestra marina aconteció hacia 1568... Yo estaba recién casado, y en el mismo año nació mi Clarita aquí presente.

—Después de aquel desastre, Drake se ensañó más y más contra los españoles, y juró no abandonar la persecución de nuestras Indias sino con la vida. Las costas de Venezuela, las de México y las del Darién tuvieron que sufrir muchísimo con sus depredaciones. Oyó hablar de su audacia y de su fama como corsario la hija de Ana Bolena, la perversa Isabel, y le hizo comparecer delante de ella; gustóle su porte y el odio que tenía a los católicos, y le confió varias empresas en Europa, y después una para que fuese a tratar de destruir las ricas colonias españolas en el mar Pacífico. Después de atravesar el estrecho de Magallanes con una escuadra de cinco buques, salteó y saqueó las costas de Chile y Perú, y aunque no tocó en Panamá, siguió por el norte hasta un pueblo que los nuestros llaman de San Francisco y que él bautizó con el nombre de *Nueva Albión* (1).

—¡Insolente! ¿Y eso cuánto hace?

—Unos ocho años.

—¡Virgen Santísima de los Desamparados! exclamó la niña agarrando una mano de su padre; ¡y qué mal hombre es aquí! Continúe vuesa-merced...

—Temeroso probablemente el pirata de que saliesen ya a su encuentro las escuadras españolas que se aguardaban en el Perú, y reducido a un solo buque —puesto que los otros habíanse despedazado en las costas del mar Pacífico—, resolvió regresar a su tierra, cargado de riquísimo botín, por la vía de Filipinas, Java y cabo de Buena Esperanza, movimiento que ejecutó con toda felicidad hasta llegar a Inglaterra, después de más de tres años de ausencia.

—¡El diablo le ayudaría! exclamó el gobernador, pues éste anda suelto en su tierra desde que aquel mal rey Enrique VIII desobedeció al Papa, se divorció de nuestra princesa Catalina y llevó a su reino las herejías de Lutero.

—¿Y cómo le acogió su reina?

—Malísimamente aquella vez, porque estaba de paz con España, y pretendía hacer no sé qué tratados con el rey Felipe... Pero al cabo de poco la Isabel tuvo necesidad de un corsario de su temple para que llevase a cabo las vituperables hazañas que le distinguen, y sin pararse en delicadezas, se fue ella misma al barco en que estaba el pirata, y sin más ni más le confirió el título de caballero.

(1) Hoy California.

—¡Hija de Ana Bolena había de ser! exclamó don Pedro Fernández... ¿Y después qué hizo aquel malandrín?

—Ponerse a la cabeza de una escuadra compuesta de veinticinco barcos bien armados, llevando a bordo dos mil quinientos hombres, con el objeto de venirse a estas Indias, atacarlas, saquearlas, tratarlas de destruir, y así hacer la guerra al rey de España.

—¡Señor gobernador, señor gobernador! exclamó el maestresala, entrando apresuradamente: ¡llega el capitán del puerto a hablar con vuesa-merced y trae noticias alarmantísimas!

—¡Que éntre! contestó el magnate, mientras que la niña se dejaba caer, temblando de miedo, sobre un banco.

—Señor, dijo un hombre alto, grueso, rojo de cara y con aire marcial; iba vestido de militar: señor gobernador, acabo de ver surgir sobre el horizonte diez y nueve velas, cuyas formas me hacen creer que son las del maldito pirata inglés.

—¡Diez y nueve velas! ¡Coronel Vique!...

—¡Diez y nueve, sí señor!

—¿No me decíais, repuso el gobernador, dirigiéndose al capitán Mirabal, que el Drake poseía veinticinco barcos?

—Efectivamente esos tenía cuando llegó a Santo Domingo; pero envió cinco o seis naves a su tierra conduciendo los millones que había tomado allí...

—Que inmediatamente se preparen las baterías, dijo el gobernador; se avise al capitán Miguel González para que prepare los 500 indios flecheros que tiene a su cargo entre los manglares, y ponga gente que defienda la Media Luna; que el capitán Martín Polo con su compañía de cien hombres se plante en el paso de la Ciénaga, con el objeto de que el enemigo no desembarque en la Punta de Canoa; la compañía de negros esclavos, con sus capitanes, se situará en el puente...

—Y a mí, señor, ¿qué cargo me dais? preguntó el recién venido.

—Elegiréis el puesto que os plazca... contestó el gobernador cortésmente.

—¿Me concedéis la defensa del Fuertecillo?

—Es uno de los más peligrosos...

—Si no fuera así, señor don Pedro, no lo elegiría yo.

—¡Bien, bien! exclamó el gobernador; Vique, añadió, daréis al capitán Mirabal lo que necesite.

—Tengo veinte hombres, dijo éste, y las armas necesarias.

—Vique, añadió don Pedro, vuesa-merced permanecerá en la ciudad con trescientos hombres de infantería y ochenta de caballería.

Ya para entonces se había llenado la casa del gobernador de oficiales y de vecinos.

—¡A su puesto cada cual! gritó el gobernador. Los que no quieran o no puedan pelear, tomarán a su cargo las mujeres y los niños con todo

lo que se ha prevenido para el caso, e irán a acampar en el alto de La Popa, en el monte y en las casas que se han preparado para albergar a los que salgan de la ciudad.

Clara, entre tanto, permanecía callada y temblorosa, derribada sobre la silla, con los ojos fijos en su padre, con aire aterrado.

—Hija, dijo el gobernador acercándosele: es preciso que te animes; y así como yo debo dar ejemplo de valor en esta plaza, tú lo debes dar a la población que emigra; ¿me entiendes?

Clara se levantó como impelida por un resorte, se limpió los ojos llenos de lágrimas, hizo un esfuerzo supremo, y, besando la mano de su padre respetuosamente, dijo:

—¡Sumerced tiene razón!... Seré valiente y animosa como hija de quien soy. ¡Adiós padre querido!...

Volvióse al joven Mirabal, le hizo una señal de despedida y se alejó en busca de sus criadas.

II

El sol ardiente de los trópicos arrojaba sus rayos de fuego sobre los arenales de Cartagena; la mar parecía a lo lejos un espejo azul con reflejos tornasolados, salvo en las playas, contra las cuales se estrellaba suavemente, produciendo una música sorda y monótona; el cielo no ostentaba una sola nube, y su azul intenso parecía reflejar con rayos de oro los fuegos del rey del mundo solar... El calor era sofocante; la brisa, que no alcanzaba a rizar las ondas marítimas, apenas mecía suavemente las hojas de los manglares que circundaban entonces la bahía de Cartagena en su totalidad. La población masculina de la ciudad se hallaba sobre la playa y miraba con asombro y terror la escuadra enemiga que se acercaba, aunque lentamente, y se dirigía hacia la entrada de Boca Grande, la cual, como hemos dicho antes, se hallaba entonces abierta a la navegación y defendida apenas por unos fuertes provisionales, hechos de tierra, cuya defensa era imposible contra los tiros del cañón enemigo.

Las campanas de las iglesias tocaban a rebato, y a cada momento se presentaban los vecinos al gobernador, unos armados con bocas de fuego malísimas y otros con machetes y lanzas.

Los bajeles enemigos llevaban banderas y gallardetes negros, y se adelantaban como sombras fatídicas hacia la plaza, llenando de pavor y de coraje a cuantos los veían.

El obispo fray Juan de Montalvo (1) se hallaba en medio de su grey y rodeado del guardián de San Francisco, fray Sebastián de Garibay, y algunos de sus religiosos, del prior de Santo Domingo, fray Bartolomé de la Sierra, y de otros clérigos y religiosos que estaban, unos, establecidos

(1) Era dominicano, extremeño, educado en el Convento de Predicadores de Salamina. Había llegado a Cartagena, nombrado obispo en 1579. Era muy querido de los vecinos por su benevolencia y caridad. Su muerte, acaecida en 1587, costó muchas lágrimas al pueblo cartagenero.

definitivamente en Cartagena, y otros, que se habían detenido allí, de paso para el interior del Nuevo Reino de Granada, o para Panamá o el Perú, pues Cartagena era escala obligada para cuantos iban al sur de América.

El obispo dirigía palabras de consuelo a la atribulada población, mientras que el gobernador y los otros empleados civiles y militares de alta graduación procuraban alentarla, asegurándola que aunque los ingleses parecían muchos, el valor de los españoles era proverbial, y si Dios les protegía, no había duda que les rechazarían.

—Recuerdo, decía a varios curiosos que le rodeaban, un antiguo poblador y colono cartagenero, que había vivido allí desde muy niño, recuerdo lo que sucedió el año de sesenta. ¡Cuánto no tuvimos que sufrir entonces!

—¿Qué hubo, señor don Benito, en aquel tiempo? preguntóle un joven; pues yo, añadió, aún no había nacido entonces...

—¡Contadnos eso, contádnoslo, señor! exclamaron varios, rodeando al viejo.

—Acababa de desembarcar en esta plaza el sucesor del muy apostólico varón don fray Gregorio Batela —su señoría don Juan de Simancas, que había sido consagrado obispo en Santafé por el obispo Barrios—, cuando una mañana como esta nos cogieron enteramente desprevenidos siete navíos grandes, comandados por dos piratas franceses, llamados Martín Coté el uno, y el otro, cuyo apellido no supe nunca, le titulaban todos aquellos malandrines el capitán Juan.

—¿Y qué hicieron?

—¡Diabluras!

—¿Y vosotros no procurasteis defender la plaza?

—El gobernador se había ido a la feria de Portobelo; la ciudad estaba desamparada, y capitaneados por el señor obispo mismo, hubimos de huir al monte... Los piratas se hicieron dueños de todo, quemaron el barrio de Getsemaní, y del convento de los padres franciscanos no quedó ni la ceniza.

—¿Por eso sería que los padres se fueron a establecer entonces en Tolú? preguntó un curioso.

—Así lo hicieron; pero, a instancias de toda la población, regresaron en breve y labraron el convento que veis ahora, tan holgado y rico edificio como es...

—¡Al grano, al grano, señor don Benito! exclamó un militar con impaciencia: decidnos qué más hicieron los franceses.

—¡Qué habían de hacer sino saquear cuanto hallaron a mano! Lo que no podían llevarse lo quemaban, hasta que, en una disputa con un clérigo de los que llevaban, el Martín Coté murió de un balazo que aquél le dio en el corazón; los suyos le hicieron un famoso entierro y le sepultaron en la iglesia catedral...

—¡Los desvergonzados! exclamó otro de los oyentes. ¿Y todavía está allí?

—¡No tal! Cuando se fueron los piratas y volvimos a la ciudad, el señor obispo mandó sacar el cadáver, arrojarle a un muladar y bendecir la iglesia de nuevo.

—Oiga vuesamerced, señor don Benito, dijo con altanería el gobernador, que le había estado escuchando: ya que se entretiene en referir lo sucedido en otros tiempos para amilanar a los que le escuchan, ¿por qué no cuenta cómo el año siguiente, el de sesenta y uno, estando aquí de gobernador mi padre don Juan Bustos, logró, junto con el visitador Arteaga, defender la ciudad con tan buen éxito que ciertos piratas franceses que trataron de entrar en ella fueron rechazados con pérdidas?...

—Sí, señor, contestó el otro, que era de mal genio; si vuesamerced me manda, contaré también los disgustos que don Juan tuvo con el obispo y otros sacerdotes de la Diócesis, y cómo acabó su vida en Panamá, en castigo de su atrevimiento, arrastrado por una mula.

—¡Insolente! gritó el airado gobernador.

Pero en aquel momento le llamaron para que diese una orden urgente, y el viejo Benito se metió entre la multitud, y no se puso delante de don Pedro Fernández sino después de muchos días y cuando calculó que los acontecimientos ocurridos luego deberían de haberle hecho olvidar sus imprudentes palabras; que entonces no era chanza afrentar a un alto funcionario público.

Entre tanto, la expedición del pirata se adelantaba con mayor celeridad; había refrescado el viento y soplaba una brisa favorable del mar hacia la tierra.

El obispo y los demás sacerdotes y religiosos se habían retirado a sus iglesias y conventos, y oraban y pedían a Dios que librase a Cartagena del azote que la amenazaba. Los demás habitantes masculinos habían tomado las armas, como lo tenía mandado el gobernador, y cada cual se hallaba en su puesto; la playa estaba solitaria, pero la naturaleza parecía agitada, aguardando los acontecimientos que se preparaban. Ya se columbraba sobre la cubierta de las naves que se habían adelantado, la apiñada multitud de guerreros, ataviados con vestidos vistosos y variados, y aunque llevaban las armas en las manos y los buques tenían gran número de cañones, todos guardaban un silencio sepulcral, mientras que los gallardetes de negro tafetán ondulaban sobre sus cabezas.

Adelántase la nave *Capitana*, en la cual se conocía que iba el almirante inglés, pues rodeaban varios oficiales, con señales de respeto, al que estaba en pie sobre la proa. Era éste un hombre de pequeña estatura, elegante de formas, blanco de color, de ojos azules y penetrantes, barba enteramente rubia y además altivo y audaz.

Al llegar frente a la entrada de Boca Grande, el primer bajel disparó un cañonazo sobre el remedo de fuerte que había allí entonces (1), desbaratando el terraplén de tierra que ocultaba a los pocos soldados que, como centinelas avanzados, no diré defendían el punto, sino que se escondían detrás de él. Estos contestaron al cañonazo disparando sus mosque-

(1) Cerca de donde se halla el pueblo de Boca Grande.

tes; y viendo que el navío echaba al agua un barco, pusieron pies en polvorosa, y atravesando la península a todo correr, siguieron por el lugar que hoy llaman el *Limbo* y avisaron lo que ocurría, uniéndose a los que defendían la ciudad.

Dos negros pescadores que no comprendieron el peligro que les amenazaba, habían quedado en aquel punto recogiendo sus redes. Los ingleses les tomaron prisioneros, les llevaron al bajel de Drake y les mandaron que diesen noticias circunstanciadas de los preparativos que hubiesen hecho los cartageneros para defenderse. Los africanos, llenos de espanto al ver amenazada su vida, y además poco adictos a sus amos, confesaron que ellos mismos habían ayudado a sembrar de púas envenenadas todas las bocacalles de la ciudad, y les dieron noticia de la fuerza que existía allí y de la manera más fácil que había para entrar en la ciudad.

Una vez que obtuvo todas las noticias que necesitaba, Drake se metió en la lancha con algunos oficiales de su confianza, llevando a su lado, atados y maniatados, a los negros prisioneros. El almirante-corsario llevaba personalmente la sonda en la mano, seguido de sus buques, los cuales fueron entrando en la bahía uno en pos de otro.

La situación era solemne... Las dos galeras artilladas que había en el puerto, tripuladas con ciento cincuenta soldados cada una, y mandadas por el coronel Vique, se pusieron en actitud de defensa y aguardaron a que se acercase la lancha del capitán para descargar sobre ella todos sus fuegos. Al frente, en el punto que hoy se llama del *Pastelillo*, se encontraba un capitán español, oculto entre los manglares, a caballo y comandando a quinientos indios, que debían disparar sus flechas contra el enemigo en un momento dado...

La noche se había acercado poco a poco, y los españoles notaron que de repente se detuvo la expedición, y que varias lanchas fueron arrojadas de los buques enemigos, como para consultar a Drake, el cual, en pie sobre su embarcación, parecía dirigir un discurso a los suyos... La oscuridad ocultó lo demás, y apenas se veían las grandes sombras de los bajeles en medio de las tinieblas de una noche oscurísima, pues se había encapotado el cielo una muy negra nube cubría las estrellas, la brisa gemía entre las cuerdas de los buques, y la voz del mar se oía a cada momento más ronca, más solemne y amenazadora.

III

Veamos ahora qué había sido de las pobres mujeres que huyeron esa mañana de la ciudad, amedrentadas con la lejana vista de los piratas.

Toda la pequeña serranía, que forma una especie de triángulo, cuyos puntos salientes son La Popa y el cerro en que después levantaron el Castillo de San Felipe, y todo el sitio cercano al mar que llaman *Crespo*, era una montaña espesa, poblada de fieras y frecuentada por los indios que aún no habían aceptado la religión y soberanía de los españoles.

En el sitio mismo en que después labraron el convento de Santa Cruz de La Popa, vivía un indio joven llamado Luis Andrés, el cual tenía su

casa o bohío en ese solitario lugar, en torno del cual el gobernador había mandado levantar muy de prisa algunos *ranchos* para albergar a la población que debía salir huyendo del ataque de los corsarios.

Llevando en pos suya los enfermos, los ancianos y los niños, las mujeres habían emprendido marcha hacia medio día, no llegando al sitio escogido para ellas sino ya caída la tarde.

Clara había hecho un esfuerzo supremo para no manifestar su terror, y fingía que no tenía ningún recelo ni temor de que los piratas pudiesen penetrar en Cartagena; y, sin embargo, temblaba ocultamente al pensar en el peligro que correría su padre, y el recuerdo del gallardo joven que había llegado en la mañana atravesaba sin cesar por su mente. La hija del gobernador estaba, no obstante, comprometida a casarse con un capitán cuyo nombre no apuntan las crónicas; después veremos el motivo de este silencio, del cual es preciso que confesemos no se acordaba la joven absolutamente. Su padre había ajustado el matrimonio sin consultarla a ella, según las costumbres de su tiempo; pero Clara no sentía por el capitán sino la más completa indiferencia.

Las esclavas habían sacado los avíos, colgado las hamacas para sus amas, y arreglado lo mejor posible los tristes albergues preparados para ellas. Cuando llegó la noche, formaron una gran fogata en medio del improvisado campamento, y los encargados de ello distribuyeron alimentos a todos. Pocas personas, empero, tenían hambre; el susto y el cansancio les habían quitado el apetito, mientras que por todas partes se oían los ahogados sollozos de las mujeres que lloraban por los maridos e hijos que habían dejado en Cartagena; los lamentos de los enfermos, que carecían de comodidades y medicamentos, y los chillidos de los niños, asustados con aquel repentino cambio de todas sus costumbres...

Clara, recostada en su hamaca, había visto llegar la noche llena de espanto. ¿Qué estaría sucediendo entre tanto en la ciudad? ¿Qué harían los piratas? ¿Se contentarían tan solo con saquear e incendiar la población, o asesinarían también a los que habían procurado defenderla? Estas ideas la tenían despierta y llena de zozobra, en tanto que las demás mujeres se habían calmado poco a poco; el sueño tranquilizaba ya a los niños, y el fresco vespertino aliviaba a los enfermos de manera que se fueron callando uno a uno hasta que todo quedó en silencio.

De repente la mayor parte de los prófugos se incorporó sobresaltada: llegó a sus oídos, primero, el ruido de algunos tiros aislados, y después descargas sobre descargas de mosquetería y de cañón, que ya crecían, ya menguaban, llevando la consternación hasta el fondo del alma de aquellas desventuradas... El terror, que al principio las había hecho gritar y llorar, al fin las obligó a callar, y todas escuchaban en silencio, pero llenas de angustia, aquel ruido tan pavoroso y significativo...

Así pasaron algún tiempo; el combate había disminuído, según parecía, porque ya los fuegos eran menos nutridos, cuando de repente se oyó el paso de un caballo que caminaba trabajosamente por en medio de la montaña, cuyas veredas habían dejado, de propósito, muy obstruídas, con el objeto de que el enemigo no pudiese hallar el camino que habían tomado las prófugas.

—¡Alguien se acerca! exclamó Clara, arrojándose de la hamaca y corriendo a la puerta de la choza que la habían señalado, con su dueña y sirvienta.

En aquel momento se desmontaba un militar en el espacio abierto que formaba una especie de plazoleta frente al campamento. Clara se le acercó con otras muchas mujeres, y al conocerle:

—¡Capitán! exclamó: ¡vos aquí!... Entonces, todo debe de haberse perdido. ¿Mi padre vive?

—¿Y el mío?

—¿Y mi marido?

—¿Y mi hermano?

—¿Y mi hijo?

Gritaron las demás, rodeándole.

—No puedo daros noticias de ninguno, señoras, contestó el militar, tratando de alejarse de las demás mujeres y acercarse a Clara.

Volviéronse a oír de nuevo muchas descargas de fusilería y de cañón, disparadas con tanto brío y presteza, que se conocía que los combatientes deberían de estar muy cerca los unos de los otros.

—¡Cómo es esto! exclamó Clara mirando al militar; se pelea en Cartagena, ¿y vos os halláis aquí?

—Vine en busca vuestra, señora, para ampararos, repuso el otro.

El que acababa de llegar era el novio de Clara; pero ella no manifestó mayor complacencia por su galantería.

—El soldado, contestó ella, no abandona nunca la ciudad sitiada para atender a asuntos particulares. Pero a lo menos podrías decirme, ¿qué ha sucedido y por qué os halláis aquí?

—El enemigo, contestó él, rodeó completamente la ciudad, por el mar y por la bahía, y a pesar de la oscuridad de la noche, atacó por todos lados a los nuestros, que se defendieron con denuedo. Como sabéis, yo mandaba los quinientos indios flecheros situados entre los manglares, los cuales (como indios que son) rehusaron entrar en combate de noche, y, a pesar de los muchos esfuerzos que hice, se desbandaron en el momento en que una descubierta enemiga venía sobre el punto en que yo estaba; halleme solo, desamparado; pensé en que todo estaba perdido; que sería imposible defendernos contra aquella nube de enemigos, que parecían salir a millares de sus barcos, y resolví entonces venir a ofreceros mis servicios, ampararos, señora, y...

—¡Basta, basta, señor capitán! exclamó ella. Repito que un militar no deja nunca el lugar que le han encomendado defender.

—¿Pero qué podría hacer yo solo contra una nube de enemigos?

—¿Preguntáis lo que hace el hombre de honor delante de los enemigos?... Morir en el puesto defendiéndose, o ir a unirse a los suyos para luchar por su rey y su patria hasta rendir el alma!... ¡Eso hace un caballero que prefiere la muerte a la deshonra!

Al decir estas palabras, Clara le volvió la espalda y fue a unirse con las demás mujeres emigradas.

Bueno será que volvamos ahora a Cartagena, y veamos qué había sucedido allí durante aquella noche terrible.

Los españoles, enseñados a guerrear con indígenas, los cuales rarísima vez atacaban al enemigo de noche, no aguardaban que les acometiesen durante la oscuridad, y aunque no se puede decir que descuidaran sus posiciones, no tuvieron la suficiente vigilancia.

Entre tanto el corsario inglés mandó que varios buques pasasen de nuevo por la salida de Boca Grande y arrojasen mil hombres sobre las playas de alta mar, mientras que muchas lanchas, cuyos remos habían envuelto en telas para no ser sentidos, atravesaron la bahía y se dirigieron, unas hacia el puente, y otras trataron de desembarcar en el litoral en que hoy están los baluartes de Santa Isabel, Baraona y San Ignacio. Felizmente el teniente Diego Daza y el capitán Pedro Marradas, que estaban de guardia en aquellos puntos, vieron llegar a los piratas, y dando voces llamaron en su auxilio a los que defendían el puente. A pesar del nutrido fuego que hacían el capitán Mirabal desde el *Fuertecillo* (sin duda el *Reducto* actual), y el capitán Miguel González desde la *Media Luna*, los ingleses alcanzaron a desembarcar en varios puntos, y se trabó el combate entre los españoles y los piratas... Entre tanto, se iluminaban la bahía y la ciudad con los disparos de artillería que hacían los buques enemigos por una parte, y las dos galeras españolas por otra. La batalla se había trabado sangrienta y furiosa; sin cesar se oía el grito de ¡*Santiago, cierra España!* de los españoles, y los juramentos de los ingleses; la sangre corría a torrentes; ya no se peleaba con armas de fuego sino con espada y lanza; los ingleses no adelantaban un paso; al contrario, se les obligaba a pelear en retirada sobre sus botes, cuando de improvisó llegó a reforzar a estos un batallón enemigo que había desembarcado en la posición que defendía con los indios flecheros el capitán de quien hablamos antes, el cual dejó descubierto aquel sitio. Al mismo tiempo desembarcaban los mil hombres que los piratas habían enviado por la vía del mar, y los españoles se encontraron entre dos fuegos. Aunque hasta entonces los ingleses habían perdido mayor número de soldados que los cartageneros, aquel nuevo incidente cambió la suerte del combate. Viéndose herido de muerte el abanderado Cosme de Alas, se arrojó sobre el enemigo como un león; con el asta de la bandera mató a dos ingleses, y envolviéndose en los pliegues de ella, cayó muerto exclamando:

—¡Viva nuestro rey Felipe II!

El capitán Mejía Mirabal, seguido de sus veinte hombres, los cuales, a pesar de haber combatido como héroes estaban aún ilesos, se arrojó entonces sobre las lanchas del enemigo para echarlas a pique, y estuvo casi a punto de matar a Drake mismo, que estaba en una de ellas; pero la multitud de enemigos era tanta, que nada pudo hacer, y tuvo que volver caras y huir hacia el convento de San Francisco, mientras que los ingleses desembarcaban para perseguirle.

La derrota se declaró en todas partes a un mismo tiempo unos se amparaban en las iglesias, otros en los conventos; pero la mayor parte de los vencidos tomó el camino de la montaña, en donde se consideraban más seguros.

El coronel Vique, que vio perdida la ciudad, tomó consigo al capitán Mirabal y a los hombres que le quedaban a este, y corrió a donde estaban las galeras españolas, con ánimo de quemarlas para que no cayesen en manos de los enemigos. Cuando llegó a ellas, encontró que una ya estaba ardiendo, pero puso fuego a la otra, dejando libres a los galeotes que las servían, los cuales, como es natural, corrieron a entregarse a los piratas y tomar servicio bajo sus banderas.

Desamparada la ciudad, entraron los piratas en ella sedientos de sangre para vengar sus muertos, y de riqueza para ellos mismos. Pero, no obstante la conocida crueldad e inhumanidad de Drake, los cronistas españoles no mencionan ninguna muerte alevosa que hubiesen cometido esta vez los corsarios a su entrada en Cartagena. Sea que todos los españoles huyesen hacia la montaña, sin quedar ninguno en Cartagena, o sea que los ingleses se entretuviesen en robar lo que encontraban a mano en las casas, y no hubiesen buscado con empeño a los dueños de ellas, lo cierto es que durante los subsiguientes días los piratas se ocuparon en enterrar a los muertos y en sacar de todas las casas, iglesias y conventos lo que hallaron en ellos, llevando a sus bajeles cuanto pudiera serles útil. Ropas, muebles, ochenta cañones, pertrechos y todas las campanas de la ciudad cayeron en su poder. Pero no contentos con aquello, atrajeron a los negros esclavos y los pusieron en tormento para que confesasen en dónde habían ocultado sus amos los efectos y valores que no pudieron llevarse a la montaña. Muchos negros dijeron prontamente y con gusto todo lo que pudiera lastimar a sus amos, sin que hubiese necesidad de ponerlos en tormento; pero algunos pocos procuraron defender los intereses de sus dueños, y a estos mandó Drake que les llevasen a los bajeles para que sirviesen como esclavos de los esclavos que llevaba ya.

Quiso en seguida perseguir a los habitantes que se habían asilado en la montaña; pero hubo de desistir del tal empresa, porque algunos de sus soldados y marinos perecieron atravesados por saetas envenenadas que les dispararon —no se supo quién ni de dónde—, apenas intentaron internarse en el bosque.

Así se pasaron los días y las semanas, y ni el pirata desocupaba la ciudad, ni los míseros emigrantes podían volver a ella. ¡Qué cuaresma tan angustiada la que pasaron! ¡Qué de sobresaltos, sustos, afanes y escaseces sufrieron aquellas mujeres delicadas, aquellos débiles niños y hombres ancianos y enfermos!

Al fin Drake se dio trazas para que el gobernador supiese que, antes de partir en busca de aventuras en otros puertos de las posesiones españolas de Indias, había de poner fuego a la ciudad, de manera que cuando volviesen los colonos a Cartagena no hallasen sino las cenizas de sus casas y templos.

Semejante noticia alarmó muchísimo a cuantos poseían alguna propiedad; y como el gobernador hubiese enfermado gravemente y no pudiese cumplir con el deseo de ir a entenderse con el almirante inglés, el obispo ofreció ir él mismo a hablar con el famoso aventurero.

Encontróle establecido en la casa del gobernador, gozando de todas las comodidades de que el otro carecía en una miserable choza en el fondo de la montaña.

A pesar de ser hereje y enemigo declarado de todo súbdito del rey de España, Drake le recibió con cortesía, le mandó sentar y le preguntó en qué le podía servir.

—Vengo de parte de don Pedro Fernández de Bustos, gobernador de esta plaza, a ofrecer os un rescate si dejais en pie los edificios de la ciudad, puesto que, añadió el buen obispo con tristeza, lo que había dentro de las casas creo que ya no existe.

—Si me dais cuatrocientos mil pesos de oro, me iré mañana mismo, sin pedir os cosa ninguna más.

—¡Cuatrocientos mil pesos! ¡Imposible!...

—Pues si así os parece, señor obispo, no hablemos más del asunto, y ahora mismo mandaré pegar fuego a la ciudad.

El obispo salió muy triste y desconsolado de la presencia del pirata, y se fue a la catedral a orar.

Era sábado santo, y la semana santa se había pasado en Cartagena aquel año sin una sola fiesta de iglesia, sin un ceremonia religiosa, cosa que hacía llorar de angustia al buen prelado. El templo estaba saqueado; los malandrines habían robado cuanto encontraron de algún valor, y la vista de los santos sin vestidos, las santas sin manto y desprovistas de las ricas joyas que los fieles les habían donado, produjo un agudísimo dolor en el ánimo del reverendísimo señor Montalvo.

Arrojóse al suelo y, puestas las manos, levantó su espíritu al Dios de los desventurados.

—¡Señor, Dios de los Ejércitos! decía, mirad con misericordia a esta desdichada población, y no permitais que los herejes quemen vuestros templos. Mañana es Pascua de Resurrección; ¿dónde iremos a daros gracias, si se han venido abajo las iglesias al golpe de aquellos bandidos sin ley ni Dios?

Oraba devotamente hincado el obispo, cuando llegaron a avisarle que los piratas habían incendiado algunas casas de tablazón, que estaban en las afueras de la ciudad, y que se preparaban para quemar los templos.

Corrió el anciano pastor otra vez a verse con el pirata. Encontró esta vez muy serio y entonado, y antes de que el señor Montalvo le saludara, exclamó con seño feroz, sacando un papel del pecho:

—Lea vuesa merced esta carta que me encontré en el bufete del gobernador de esta plaza; en ella vuestro rey, don Felipe de España, avisa a don Pedro Fernández de Bustos mi próxima llegada a las Indias, le manda que se aperceba para recibirme, y, añadió mirando al obispo con mal contenida cólera: ¡me llama corsario! ¡Corsario inglés!...

El obispo no contestó.

—Sepa vuesa merced, añadió el pirata, que yo guardaré esta carta para mostrarla a su majestad la reina, mi señora, para que ella haga entender el rey Felipe II que yo no soy ningún corsario, y que trabajo en honor de Inglaterra y para obedecer a mi real dueña.

—Señor Drake, contestó el señor Montalvo sin alterarse, ahora no son del caso esas averiguaciones, y lo que nos importa es concertarnos en lo que se debe dar para que no se quemen la ciudad y sus templos (1).

(1) Véase Zamora. *Historia de la Provincia del Nuevo Reino*. Lib. IV. Cap. X.

—Ya os dije antes la cantidad que necesito.

—¡Pero señor, exclamó el obispo, eso será imposible! Vos habeis recogido ya cuanto quedó en la población. ¿De dónde hemos de sacar semejante suma de dinero?

—Recibiré su equivalente en perlas y otras joyas...

—No lo tienen los habitantes, aunque se queden sin un maravedí y den todas las mujeres cuanto tengan de valor.

—Ya lo dije...

Mesábase los cabellos el desventurado obispo, y se paseaba con agitación de una a otra parte de la habitación.

El pirata estaba asomado al balcón.

—Señor obispo, exclamó el fin, hacedme el favor de pasar acá.

Y cuando el buen prelado hizo lo que el otro le pedía:

—¿Veis aquellos hombres, parados allí en frente? le preguntó el inglés.

—Los veo...

—¿Sabeis lo que hacen allí?

—¡Qué he de saber!...

—Aguardan una seña mía para correr a incendiar los templos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó el obispo con la mayor agitación, y volviéndose al pirata añadió: es preciso que se convenza vuesamerced de que no quedan en Cartagena cuatrocientos mil pesos en oro, plata y joyas... ni la mitad siquiera, ni la cuarta parte quizás. ¡Os lo juro por Dios!

—Bien... os creo, señor obispo, dijo entonces Drake, entrando en el salón; arreglemos amigablemente este asunto.

El obispo se acercó primero al balcón y vio que los hombres que el pirata le había señalado permanecían en su puesto, y ya más tranquilo tomó asiento frente al corsario.

Poco rato después el buen obispo salía apresuradamente de la casa del gobernador, y montado en una mula que le había *prestado* el almirante corsario, se dirigía al monte en busca de los emigrados. El pirata le había hecho jurar que obligaría a todos los habitantes de Cartagena, que allí estaban asilados, a que diesen como rescate cuanto poseían en joyas, oro y plata.

Ya estaba casi oscuro cuando el afligido pastor regresó acompañado de algunos negros que llevaban el rescate. Los hombres, a la voz de su prelado, habíanle entregado cuanto llevaron para ocultarlo en la montaña; las pobres mujeres se quitaron los anillos, zarcillos, brazaletes y cadenas que tenían, y llorando los entregaron también.

Avaluáronse aquellos despojos, y resultaron valer, por junto, ciento siete mil pesos, en cambio de lo cual Drake dio cartas de pago, firmadas a 2 de abril de 1586 (1).

Concluído todo, recibido el rescate por una parte, y la firma del pirata inglés por otra, este dijo al guardián del convento de San Francisco, que era uno de los testigos allí presentes:

(1) Véase el documento número 1.

—Ahora toca a vuesamerced rescatar su convento...

—¡Mi convento! ¿Luego no se ha rescatado la ciudad?...

—La ciudad sí, pero no lo que está fuera de ella.

(Getsemaní no estaba entonces poblado, y solo había allí el convento de franciscanos, el matadero y algunas pocas casas más).

—¡Jesús dulcísimo! exclamó el guardián. ¿Y cuánto quiere vuesamerced por mi pobre convento, del cual vuestros compañeros ya sacaron cuanto adentro había?

—¡Necesito, por lo menos, dos mil pesos!

—Mil tengo, señor, único tesoro que había logrado ocultar... Os diré en dónde se halla, para que lo mandéis sacar.

—Eso es muy poco...

—Llevaos las campanas que aún quedan en la torre.

Drake tomó un papel, dio el recibo para que el guardián entregase el oro a uno de sus edecanos, y mandó que descolgasen las campanas.

—Ahora necesito saber, dijo el pirata, quién es el dueño de las ocho casas y el matadero, que aun quedan sin rescatar.

—Alonso Bravo Hidalgo, contestáronle.

—Que le manden entrar, si está en la ciudad, y si no está, que metan fuego a todo.

Momentos después se presentaba Bravo Hidalgo delante del corsario, y después de amenzarle con quemarle sus propiedades y llevarle preso en sus bajeles, le arrancaron cinco mil pesos en oro, que tuvo que entregar uno sobre otro.

V

A la mañana siguiente, domingo de pascua, la única campana que había quedado en la catedral de Cartagena (porque estaba rajada, era muy grande y poco cómoda para bajarla de la torre), repicaba alegremente llamando a los fieles a misa.

Cuando había amanecido el día 2 de abril, los cartageneros vieron con alegría que los bajeles corsarios salían uno en pos de otro por Boca Grande, y que, impelidos por un viento favorable, en breve sus velas desaparecieron en el horizonte.

La alegría de los vecinos era templada por el espectáculo de su ruina; sin embargo, todos se alentaban unos a otros, y con la proverbial hospitalidad española, los que habían conservado alguna propiedad, no tenían empacho en repartirla con sus amigos y vecinos.

Muchos de los negros esclavos habían desaparecido, unos llevados por la fuerza en los buques de los piratas y otros que habían huído en busca de otros amos, figurándose que mejorarían de condición. Aquello no sorprendió a nadie, pero sí causó asombro la desaparición del capitán, cuyo nombre ocultan las crónicas, y que era novio de Clara de Bustos. Desde el momento en que ella le afeó su conducta y le volvió la espalda con in-

dignación, nadie lo vio nunca más, ni vivo ni muerto. ¿Qué fue de él? ¿Fue acaso pasto de alguna fiera de las que abundan en la montaña? ¿Huyó a alguna otra colonia con nombre supuesto? ¿Se hizo pirata y tomó servicio bajo las banderas de Drake? Aquello no se supo jamás, ni nadie se afligió por ello; Clara, menos que ninguna otra persona, pues había dado su corazón al bravo capitán Mejía Mirabal, y pocos días después dióle también su mano de esposa con el beneplácito de su padre.

El matrimonio de doña Clara de Bustos y del capitán Mejía Mirabal fue el último que celebró el bueno y caritativo obispo fray Juan de Montalvo. Los trabajos y angustias que había pasado durante el tiempo en que estuvo Drake en Cartagena; los afanes del último día, y la pena que le causó no poder socorrer eficazmente a la multitud de desgraciados que habían quedado en la miseria (pues él había dado cuanto tenía para ayudar a rescatar la ciudad), minaron su salud a tal punto que cayó a la cama muy enfermo, y no bien habían pasado algunos meses cuando murió, sentido y llorado por toda la población.

EPILOGO

Diez años han transcurrido desde aquel en que el santo obispo Montalvo unió con el yugo matrimonial a la hija del gobernador de Cartagena, don Pedro Fernández de Bustos, con el valiente y denodado capitán Mejía Mirabal. ¡Cuántas cosas habían sucedido en Cartagena durante aquel tiempo! Cuatro obispos consecutivos habían gobernado la grey que con tanta abnegación amparó el reverendísimo padre fray Juan de Montalvo, y dos gobernadores se habían sucedido en el gobierno de la provincia, uno de los cuales empezó a fabricar las murallas (que deberían defender esta plaza de los ataques de los piratas), y a cegar a Boca Grande, para impedir que entrasen por allí bajeles enemigos.

Clara de Bustos, madre de cuatro hermosos niños, vivía feliz y satisfecha en la ciudad de Mompox, en donde estaba empleado su marido, aunque solía afligirse con las frecuentes excursiones que hacía este a Cartagena y a la feria de Portobelo, en donde se reunían en ciertas épocas del año todas las riquezas del Perú y los productos de Europa que se enviaban a las colonias.

El día en que volvemos a ver a nuestra antigua amiga, la encontramos escuchando embelesada el relato que le hacía su marido de lo que le sucedió en un viaje que acababa de hacer a Cartagena y Panamá.

—¿Qué muerte, le decía él, te parece que ocurrió hace algunas semanas cerca de Portobelo?

—No atino...

—La de nuestro antiguo enemigo, el favorito almirante de Isabel de Inglaterra...

—¿El Drake?

—El mismo...

—¿Y moriría excomulgado, como había vivido siempre?

—Murió impenitente como vivió.

—¿Y no trató de entrar nuevamente en Cartagena?

—¡Cómo no!... Pero fue rechazada su expedición con solo cincuenta hombres y cuatro cañones desde el fuerte de Pastelillo, recién edificado, como tú sabes... Fueron tantas las averías que sufrieron sus buques, que resolvió pasar de largo y salirse de nuevo de la bahía.

—¿Pero en Portobelo, dices, logró entrar?

—La muerte se lo impidió... A mediados del año pasado el Drake salió de Inglaterra con veinticinco bajeles armados y tripulados con una horda de malandrines de su casta; todo aquello suministrado por la hija de Ana Bolena, con el objeto de que hiciese lo posible para arruinar las colonias de su majestad Felipe II. Empezó por asaltar las islas de Puerto Rico y Santo Domingo: la primera rechazó a los piratas con tanto brío, que uno de sus capitanes, Juan Hawkins, murió de la rabia al día siguiente. El Drake se dirigió entonces a tierra firme, saqueó y quemó a Río-hacha, aunque sus habitantes le ofrecieron treinta y cuatro mil ducados de rescate en perlas, las cuales tomó, y en seguida ardió la ciudad. De allí pasó a Santa Marta, en donde hizo lo mismo, y apenas tocó en Cartagena, como te dije, y viendo que no le era fácil entrar allí, se dirigió al río Chagres, por donde envió una expedición a Panamá... Yo estaba allí entonces...

—¡Jesús, Jesús! exclamó Clara; bien me lo figuraba yo que estarías en peligro.

—No temas ya; el peligro fue conjurado sin mayor dificultad, porque logramos rechazar y derrotar a los ingleses, los cuales (es decir, los que quedaron vivos, que fueron pocos) se volvieron a sus bajeles mohinos y cabizbajos. Encontraron al Drake enfermo de fiebres, las cuales aumentaron con la ira que le dio el mal éxito de la expedición; y como dirigiese los buques hacia Portobelo, murió de improviso, a la vista de la ciudad y a la entrada de la bahía. Sus compañeros arrojaron al mar su cadáver (1) el 28 del mes de enero de este año, y en seguida, aterrados con la pérdida de sus dos jefes, regresaron a Inglaterra, en donde serán muy mal recibidos por su reina Isabel, puesto que llevan poco botín, a pesar de lo mucho que han robado.

—Y si han robado tanto ¿por qué llevan poco botín?

—Parece que perdieron a la salida de Santa Marta, en las bocas de río Magdalena, los buques en que llevaban sus riquezas; y como en Panamá no entraron ni tampoco en Portobelo, no deben de llevar gran cosa...

Efectivamente, como lo había anunciado Mirabal, los piratas regresaron a Inglaterra a dar cuenta a la reina de las muertes de Hawkins y de Drake, e Isabel les insultó con palabras muy poco comedidas, según la costumbre de la hija de Enrique VIII. La muerte de Drake causó gran consternación en Inglaterra; los poetas cantaron sus *hazañas*, y su retrato se encuentra entre los de los almirantes de cuyas glorias se jacta la Gran Bretaña.

(Continuará)

(1) En la punta llamada de Drake hasta el día de hoy.